

ya?... decídmelo francamente.... lo oiré sin inmutarme.

MORTIMER. *Sí... vuestra sentencia está ya pronunciada... cuarenta y dos jueces os han declarado culpable... La Cámara de los Lores, la de los Comunes y el pueblo de Lóndres, instan para su pronta ejecución. La reina la retarda, no por humanidad ni por clemencia, sino por su astuta política, que le prescribe hacerse de rogar.*

MARIA (*con firmeza.*) ¡Sir Mortimer!... nada puede sorprenderme ni horrorizarme, porque para todo estoy preparada hace mucho tiempo. Conozco á mis jueces... el rigor con que siempre me han tratado, nunca me ha permitido esperar de ellos la libertad... He penetrado sus proyectos... pretenden tenerme perpétuamente encerrada, para sepultar en un calabozo mis derechos y mi venganza.

MORTIMER. No, reina, no... no se limitarán á eso... la tiranía no puede obrar á medias. Mientras viva María Estuardo, vivirá el temor en el corazón de Isabel... no hay cárcel bastante segura para guardaros.... solo vuestra muerte puede consolidar su trono.

MARIA. ¿Y se atreverá á hacer rodar en el cadalso una testa coronada?

MORTIMER. *Sí... se atreverá... no lo dudeis...*

MARIA. ¿Y osará revolcar en el polvo la majestad real? ¿no temerá la venganza de la Francia?

MORTIMER. Isabel concluirá en breve con la Francia un tratado de eterna paz, dando su mano al duque de Anjou, y partiendo con él la corona.

MARIA. ¿Y el rey de España no tomará las armas en mi favor?

MORTIMER. Mientras Isabel esté en paz con su propio pueblo, nada tiene que temer del mundo entero.

MARIA. ¿Y había de representarse una escena tan sangrienta á la faz de la nación inglesa?

MORTIMER. La nación inglesa está acostumbrada á semejantes espectáculos. En épocas recientes hemos visto á varias reinas bajar del trono para subir al cadalso. La misma madre de Isabel acabó de esta manera; era sin embargo, una testa coronada. Éranlo también Catalina Howard y lady Gray....

MARIA (*después de un momento de reflexión.*) No, Mortimer... vuestro terror es pánico... la fidelidad de vuestro corazón os inspira esos vanos temores... No temo el cadalso, pero hay otros medios no menos eficaces y más misteriosos, con que la reina de Inglaterra puede acabar conmigo, con mis derechos y con su inquietud.... No se valdrá del verdugo... más bien buscará un asesino.... Eso es lo que me hace temblar... cada vez que arrimo una copa á mis labios, me estremezco, pensando si será un presente de la afectuosidad de Isabel.

MORTIMER. ¡Reina!... no atentarán á vuestra vida ni abiertamente ni en secreto.... Nada temais... todo está dispuesto para abriros las puertas de la cárcel... Doce jóvenes de sangre noble han contraído conmigo un solemne compromiso. Esta mañana hemos recibido juntos el santo sacramento de la Eucaristía, y hemos jurado arrancaros á mano armada, de este castillo. El conde de l'Aubespine, embajador de Francia, tiene noticia de nuestra conspiración y la favorece... en su palacio celebramos nuestras reuniones.

MARIA. ¡Sir Mortimer!... me haceis estremecer y no de alegría... ¡un presentimiento fatal atraviesa mi corazón!... ¿qué vais á emprender?... ¿lo habeis pensado bien?... ¿no os horrorizan las sangrientas cabezas de Babington y Tielburn, espuestas en el puente de Lóndres para escarmiento de mis partidarios?... ¿no os arredra la ruina de tantos desdichados que han hallado la muerte en semejantes tentati-

vas, y no han hecho más que aumentar el peso de mis cadenas?... ¡jóven sin ventura!... ¡jóven entusiasta!... ¡huid, huid!... Dios quiera que todavía sea tiempo, y que algún traidor, oculto entre vosotros, no haya revelado ya vuestra conjuración al desconfiado Burleigh!... ¡huid sin pérdida de momento!... ninguno de los que han pretendido salvar á María Estuardo, ha dejado de estrellarse.

MORTIMER (*con serenidad, é insistiendo con fuerza en las palabras de María, que va repitiendo.*) No me horrorizan las sangrientas cabezas de Babington y Tielburn, espuestas en el puente de Lóndres, para escarmiento de vuestros partidarios, ni me arredra la ruina de tantos desdichados que han hallado la muerte en semejantes tentativas.... (*Con entusiasmo.*) ¿No han adquirido al mismo tiempo una gloria inmortal? ¿puede un hombre aspirar á más, que á morir por libertaros?

MARIA. ¡Todo será inútil, Mortimer!... ni la fuerza ni la astucia bastan para burlar la vigilancia de mis enemigos, que tienen el poder en sus manos... No es Paulet, no es una cuadrilla de carceleros, la Inglaterra entera es la que guarda las puertas de este castillo.... solo la voluntad de Isabel puede abrirlas de par en par.

MORTIMER. No espereis que lo haga.

MARIA. Hay también un hombre que podría abrirlas.

MORTIMER. ¿Quién es?... nombradle.

MARIA. El conde de Leicester.

MORTIMER, (*admirado.*) ¡Leicester!... ¡el conde de Leicester!... ¡el favorito de Isabel!... ¡el más cruel de vuestros perseguidores!

MARIA. Si él no lo hace, nadie lo hará... Id á verle; habladle francamente, y en prueba de que vais en mi nombre, llevadle esta carta que contiene mi retrato.... (*Saca un papel del seno, Mortimer vacila antes de tomarlo.*) Tomadla... hace mucho tiempo que la llevo conmigo; pero la rigurosa vigilancia de vuestro tío, no me dejaba medio de comunicarme con el conde; y supuesto que mi ángel custodio os ha conducido aquí....

MORTIMER. ¡Señora!... antes de todo, explicadme ese enigma.

MARIA. El mismo Leicester os lo explicará... fíaos de él, y él se fiará de vos.... pero, ¿quién viene?

ANA (*entra con precipitación.*) Aquí está el caballero Paulet con un lord de la corte.

MORTIMER. Será lord Burleigh. Reponeos, señora, y oídlo con firmeza. (*Se vá.*)

ESCENA VII.

MARIA, LORD BURLEIGH, gran tesorero de Inglaterra, el caballero PAULET.

PAULET. Señora, esta mañana me manifestasteis deseos de explorar vuestra propia suerte, y el noble lord Burleigh viene á satisfacerlos. Oídle con resignación.

MARIA. Le oiré con la dignidad de la inocencia.

BURLEIGH. Vengo como diputado del tribunal....

MARIA. ¿Lord Burleigh habrá consentido con satisfacción en ser órgano de un tribunal, identificado con el espíritu de sus ideas políticas?

PAULET. Hablais señora, como si de antemano supieseis la sentencia.

MARIA, (*á Paulet.*) La deduzco de la presencia de lord Burleigh.... ¿qué puede esperar María Estuardo, de lord Burleigh? (*á Burleigh*) ¡Al asunto, mi lord!

BURLEIGH. Recordaréis, señora, que os sometisteis al juicio de los cuarenta y dos....